

DANIEL BENSAÏD*

UNA MIRADA A LA HISTORIA Y LA LUCHA DE CLASES**

VIVIMOS EN TIEMPOS DE RESTAURACIÓN. Lo sorprendente es que esa restauración está hecha a la medida de los desórdenes. ¿De progreso? Cabe la duda. El oscurecimiento de la lucha de clases es propicio para las seducciones del mercado y para la escalada de los conflictos localistas. La renovación en el análisis de estos fenómenos parece proceder de la corriente llamada “marxismo analítico” o de “la elección racional”. En nuestra exposición examinaremos críticamente las tesis planteadas por uno de sus principales teóricos, Jon Elster.

En su *Marx, une interprétation analytique*, Elster (1989) sostiene que Marx no previó que el advenimiento del comunismo pudiera ser *prematureo* y que, a semejanza del modo de producción asiático, se convirtiera en un callejón sin salida de la historia. “Prematuro”: la palabra está dicha. Los debates sobre el ritmo justo de la historia remiten generalmente a algunos pasajes conocidos del Prólogo de 1859 a la *Contribución a la crítica de la economía política*:

* Profesor de Filosofía en la Universidad de París VIII Saint Denis. Fundador y dirigente de la Liga Comunista Revolucionaria de Francia.

** El presente artículo es una versión preliminar del capítulo titulado “Los tiempos des-acordes (a propósito del marxismo analítico)” que el autor publicó en octubre de 2003 en su obra *Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica* (Buenos Aires: Ediciones Herramienta).

En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que *corresponden* a determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales [...] Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social [...] Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización (Marx, 1976: 517-518).

A pesar (o a causa) de sus intenciones didácticas, este texto plantea más problemas de los que resuelve. Fiel al título de su libro *capital*, Marx hace una “defensa” resuelta de esta teoría. Desde *La ideología alemana* hasta sus *Teorías sobre la plusvalía*, recorre los indicios de una rigurosa determinación de las relaciones de producción por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, porque “ninguna revolución triunfará antes de que la producción capitalista haya elevado la productividad del trabajo al nivel necesario” (Marx, 1980a). Una vez expropiada la clase dominante, la clase trabajadora no sería capaz de fundar una comunidad socialista sin “la premisa práctica, absolutamente necesaria”, de una productividad elevada, pues sin ella la socialización forzada sólo conduciría a la generalización de la escasez. Lejos de llevar a la emancipación real del asalariado, la apropiación estatal de los medios de producción puede significar la generalización del trabajo asalariado bajo la forma del “comunismo burdo” (que podríamos traducir, hoy en día, por “colectivismo burocrático”). Las tentativas “prematuras” de cambiar las relaciones sociales estarían así condenadas, por lo tanto, a la restauración capitalista bajo las peores condiciones.

Aquí se confunden varias cuestiones. Marx insiste en las condiciones de posibilidad del socialismo contra lo sostenido por los comunistas utópicos. La socialización de la escasez sólo podría “traer de nuevo toda la vieja basura”. La crítica del productivismo a menudo se presta a la ingenuidad. Si se trata de denunciar la falsa inocencia de las fuerzas productivas y de señalar su ambivalencia –factor de progreso

tanto como de destrucciones potenciales–, los desastres de este siglo establecen suficientemente su pertinencia sin que haya necesidad de sacar a colación las robinsonadas del crecimiento cero y de la economía de recolección. No hay un solo y único desarrollo posible, socialmente neutro, de las fuerzas productivas. Varias vías, de consecuencias sociales y ecológicas diferentes, son siempre concebibles. Sin embargo, la satisfacción de las necesidades sociales nuevas y diversificadas sobre la base de un menor tiempo de trabajo –y de ahí la emancipación de la humanidad del trabajo forzado!– pasa necesariamente por el desarrollo de las fuerzas productivas.

Si se considera que el proletariado está calificado para jugar un papel clave en esta transformación, es sobre todo porque la división técnica y social del trabajo crea las condiciones para una organización consciente (política) de la economía al servicio de las necesidades sociales. Una socialización eficaz de la producción requiere, entonces, un nivel determinado de desarrollo. En una economía cada vez más mundializada, este umbral mínimo no está fijado país por país. Relativo y móvil, varía en función de los lazos de dependencia y solidaridad en el seno de la economía-mundo. Cuanto menos desarrollado esté un país, más tributario será de la relación de fuerzas a nivel internacional.

¿Cómo conciliar la historia como desarrollo de las fuerzas productivas con la historia como desenvolvimiento de la lucha de clases? Elster ve allí “una dificultad capital del marxismo”: “No se encuentra huella de un mecanismo a través del cual la lucha de clases estimule el desarrollo de las fuerzas productivas”. Existiría en Marx “una relación muy estrecha entre la filosofía de la historia y la predilección por la explicación funcional. Es, ciertamente, porque él creía a la historia dirigida hacia un objetivo que sentía justificado explicar no solamente los patrones de comportamiento, sino incluso los acontecimientos singulares en función de su contribución a este fin” (Elster, 1991: 429). Al resumir la teoría de Marx como “una amalgama de colectivismo metodológico, explicación funcional y deducción dialéctica”, Elster no observa matices. “Todos estos enfoques tal vez se dejan subsumir bajo la rúbrica más general de la teleología. La mano invisible que sostiene al capital es una de las dos grandes formas de teleología en Marx; la otra es la necesidad de que el proceso termine, a fin de cuentas, destruyéndose” (Elster: 1991: 689).

En verdad, más allá de las mistificaciones y los prodigios del fetichismo, Marx revela la realidad profana de las relaciones objetivadas que los hombres mantienen entre sí. El funcionalismo que Elster ataca no es más que una sombra proyectada de la clásica intencionalidad que se refugia tras su propio “individualismo metodológico”. Incapaz de comprender las insólitas “leyes tendenciales” de Marx con su necesidad sembrada de azar, desarma y rearma tristemente el tedioso mecano de las fuerzas y las relaciones, de la infraestructura y la superestructura.

Lejos de representaciones triunfalistas, la historia no se reduce a un juego de suma cero. Su desarrollo acumulativo está marcado por el de las ciencias y las técnicas. La aparición de un nuevo modo de producción no es la única salida posible del modo de producción precedente. Es erróneo pensar que la única alternativa concebible para un viejo modo de producción sea su inexorable superación. Tal desenlace apenas se inscribe en un campo determinado de posibilidades reales. Una evaluación del progreso histórico en términos de avances y retrocesos sobre un eje cronológico imagina al desastre bajo la forma del regreso a un pasado caduco, en lugar de alertar contra las formas inéditas, originales y perfectamente contemporáneas de una barbarie que es siempre la de un presente particular.

Comprendidas de esta forma, las fuerzas productivas reencuentran aquí su papel. Fuerzas productivas y relaciones de producción son los dos aspectos del proceso a través del cual los seres humanos producen y reproducen sus condiciones de vida. Salvo un aniquilamiento siempre posible, el desarrollo de las fuerzas productivas es acumulativo e irreversible. Pero de ello no resulta un progreso social y cultural automático, sino solamente su posibilidad. De otro modo, todo proyecto de emancipación derivaría del puro voluntarismo ético o de la pura arbitrariedad utópica. Decir que el desarrollo de las fuerzas productivas tiene direccionalidad, que su película no puede ser rebobinada, significa que no se regresa del capitalismo al feudalismo y del feudalismo a la ciudad antigua. La historia no da marcha atrás. Bajo viejos harapos engañosos, puede, sin embargo, incubar las peores novedades.

De ahí la justeza de la fórmula “socialismo o barbarie”, y el equívoco de consignas tales como “socialismo o statu quo”, “socialismo o mal menor”, “socialismo o regresión”. No se trata, pues, de avances o retrocesos, sino de una verdadera bifurcación. La dialéctica de los posibles también es acumulativa. El aniquilamiento de las virtualidades liberadoras inventa amenazas desconocidas y no menos aterradoras.

INTERMITENCIAS Y CONTRATIEMPOS

Pasando por alto numerosos textos explícitos sobre el punto, Elster, al igual que tantos otros, se obstina en encontrar en Marx “una teoría de la historia universal, del orden en que los modos de producción se suceden en la escena histórica”. Le atribuye, incluso, “una actitud teleológica perfectamente coherente”, a riesgo de no poder explicar el contraste entre *La ideología alemana* y los grandes textos ulteriores “sino tal vez por influencia de Engels” (Elster, 1991). Explicación tan cómoda como inconsistente. Pues los textos de 1846 no tienen nada de atolondramientos juveniles que derogarían la coherencia general, y se inscriben en una rigurosa continuidad con *La sagrada familia*. En los *Grundrisse* y

la *Contribución* de 1859 resuena el eco fiel de aquellos textos: “La así llamada evolución histórica reposa en general en el hecho de que la última forma considera a las pasadas como otras tantas etapas hacia ella misma, y dado que sólo en raras ocasiones [...] es capaz de criticarse a sí misma [...] las concibe de manera unilateral” (Marx, 1984: 27).

No se podría rechazar más firmemente toda ilusión retrospectiva sobre el sentido de una historia cuyo desarrollo conspiraría para el coronamiento de un presente ineluctable y, en consecuencia, legítimo.

Correspondencia de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, necesidad y posibilidad históricas: henos aquí de vuelta ante la cuestión de la transformación de las sociedades, de las revoluciones “prematuras” y las transiciones fallidas. No contento con atribuir a Marx el “esquema supra-histórico” que este tan claramente condenó, Elster le reprocha el haber imaginado un comunismo que se presenta en el momento oportuno, en lugar de apuntar las consecuencias desastrosas de su llegada prematura. Sin embargo, no tiene sentido hablar de una llegada prematura o anticipada. Un acontecimiento que se inserta como un eslabón dócil en el encadenamiento ordenado de los trabajos y los días ya no sería acontecimiento, sino pura rutina. La historia está hecha de singularidades circunstanciales. El acontecimiento puede ser llamado prematuro en relación con una cita imaginaria, pero no en el horizonte vacilante de la posibilidad efectiva. ¡Los que acusan a Marx de ser determinista son, a menudo, los mismos que le reprochan serlo insuficientemente! Para el marxista “legal” Struve, como para los mencheviques, una revolución socialista en Rusia en 1917 parecía monstruosamente prematura. La cuestión resurge hoy día a la hora de los balances. ¿No habría sido más prudente y preferible respetar los ritmos de la historia, dejar que las condiciones objetivas y el capitalismo ruso maduraran, darle a la sociedad tiempo suficiente como para modernizarse? ¿Quién escribe la partitura y quién marca el compás?

Según Elster, “dos espectros atormentan a la revolución comunista”:

Uno es el peligro de una revolución prematura favorecida por una mezcla de ideas revolucionarias avanzadas y situaciones miserables, en un país que todavía no está maduro para el comunismo. Otro es el riesgo de revoluciones conjuradas, de reformas preventivas introducidas desde arriba para desactivar una situación peligrosa (Elster, 1991: 710).

Si hay revoluciones prematuras, deben encontrarse también, en efecto, revoluciones *pasadas*. Resuelto a no ceder a los arrullos de futuros radiantes, Gerald Cohen prefiere afirmar que un capitalismo debilitado vuelve solamente posible “la subversión potencialmente reversible del sistema capitalista y no la construcción del socialismo” (Cohen, 1986). Cohen sigue sin lograr escapar de las trampas formales del Prólogo de 1859: “La revolución anticapitalista puede ser prematura y, en conse-

cuencia, fracasar su objetivo socialista” (Cohen, 1986). Así, una explicación del estalinismo reducida a la inmadurez de las condiciones históricas desmiente *a priori*, en beneficio de un fatalismo mecánico, todo debate estratégico sobre la toma del poder en 1917, las oportunidades de la revolución alemana en 1923, la significación de la NEP y las diferentes políticas económicas factibles.

¿El debilitamiento del capitalismo hace posible la subversión? Asumamos que la respuesta a esta pregunta es afirmativa. Sin embargo, decir que *ipso facto* hace posible “la construcción del socialismo” es ir demasiado lejos. Es jugar a la ligera sobre la noción crucial de posibilidad. Si se entiende por posible el poder en el sentido de posibilidad actual, subversión y construcción son condicionalmente integrables aunque no están fatalmente ligadas. Sin lo cual la subversión podría consumirse esperando el último combate y extinguirse en la resignación. Marx (y Lenin) son más concretos. Para ellos no se trata de instaurar en Rusia el comunismo “en seguida”, sino de iniciar la transición socialista. No buscaban clasificar a los países según una “escala de madurez”, en función del desarrollo de las fuerzas productivas. Por el contrario, la respuesta de Marx a Vera Zasulich sobre la actualidad del socialismo en Rusia insiste en dos elementos: la existencia de una forma de propiedad agraria que sigue siendo colectiva, y la combinación del desarrollo capitalista ruso con el desarrollo mundial de las fuerzas productivas¹. La “madurez” de la revolución no se decide en un solo país según un tiempo unificado y homogéneo. Se juega en la discordancia de los tiempos. El desarrollo desigual y combinado hace efectiva su posibilidad. La cadena puede romperse por su eslabón débil. La transición socialista sólo es concebible, en cambio, en una perspectiva ante todo internacional. La teoría de la revolución permanente, que sistematiza dichas intuiciones, siempre ha sido combatida en nombre de una visión rigurosamente determinista de la historia, y la ortodoxia estaliniana redujo precisamente la teoría de Marx al esqueleto de un esquema “supra-histórico”, donde el modo de producción asiático ya no encuentra lugar.

La suerte de la Revolución Rusa después de 1917, el Termidor burocrático, el terror estaliniano y la tragedia de los campos no son resultados mecánicos de su pretendida anticipación. Las circunstancias económicas, sociales y culturales jugaron un papel determinante. No constituían, sin embargo, un destino ineluctable, independiente de la historia concreta, del estado del mundo, de las victorias y las derrotas

1 Sobre este punto, conviene examinar las cartas de Marx a Vera Zasulich. Ver también Trotsky, *La revolución permanente*; Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia* y las *Tesis de abril*; Alain Brossat, *La théorie de la révolution permanente chez le jeune Trotsky*; así como los trabajos históricos de D. H. Carr y Theodor Shanin.

políticas. La revolución alemana de 1918-1923, la segunda revolución china, la victoria del fascismo en Italia y del nazismo en Alemania, el aplastamiento del *Schutzbund* vienés, la guerra civil española y el fracaso de los frentes populares representaron otras tantas bifurcaciones para la Revolución Rusa misma.

¿Cómo conciliar ese desarrollo tendencial con su negación, resultante del fetichismo generalizado de la mercancía y de la cosificación de la relación social? Marx repite que el vals infernal del trabajo asalariado y el capital reproduce la mutilación física y mental del trabajador, la sujeción de los hombres a las cosas, la sujeción de todos a la ideología dominante y a sus fantasmagorías. El carácter *prematureo* de la revolución toma, entonces, un sentido que Cohen y Elster no sospechan. Es, en cierto modo, un acontecimiento anticipado *estructural y esencial*. No es de tal o cual país, de tal o cual momento. En la medida en que la conquista del poder político precede a la transformación social y a la emancipación cultural, el comienzo es siempre un salto peligroso, posiblemente mortal. Su tiempo suspendido es propicio para las usurpaciones burocráticas y las confiscaciones totalitarias.

Para Elster, “el capitalismo era una etapa ineludible en dirección del comunismo”, según “la filosofía marxiana de la historia”. En la medida en que el comunismo se vuelve posibilidad real solamente desde cierto nivel de desarrollo, el capitalismo contribuye a reunir las condiciones para ello. Esta trivial evidencia no autoriza en nada la proposición recíproca de un capitalismo que siempre y en todas partes sería la etapa necesaria (ineludible) hacia la consecución predeterminada del comunismo. No es lo mismo decir que el comunismo presupone un grado determinado de las fuerzas productivas (productividad del trabajo, calificación de la fuerza de trabajo, desarrollo de las ciencias y las técnicas), al que contribuye el crecimiento capitalista; o que el capitalismo constituye una etapa y una preparación inevitable sobre la vía trazada de la marcha del comunismo. La segunda fórmula cae en la ilusión, tan a menudo motivo de burla por parte de Marx, según la cual “la última forma considera a las pasadas como otras tantas etapas hacia ella misma”.

NECESIDAD HISTÓRICA Y POSIBILIDADES EFECTIVAS

Una revolución “justo a tiempo”, sin riesgos ni sorpresas, sería un acontecimiento sin acontecimiento, una especie de revolución sin revolución. Actualizando una posibilidad, la revolución es, por esencia, intempestiva y, en cierta medida, siempre “prematura”. Una imprudencia creadora.

Si la humanidad sólo se plantea los problemas que puede resolver, ¿cómo es que no todo llega en el momento esperado? Si una formación social nunca desaparece antes de que se hayan desarrollado todas las

fuerzas productivas que caben dentro de ella, ¿por qué forzar el destino y a qué precio? ¿Era prematuro o patológico proclamar, desde 1793, la primacía del derecho a la existencia sobre el derecho de propiedad, o exigir la igualdad social al mismo nivel que la igualdad política? Marx dice claramente que la aparición de un derecho nuevo expresa la actualidad del conflicto. Las revoluciones son el signo de lo que la humanidad *puede históricamente* resolver. En la inconforme conformidad de la época, son un poder y una virtualidad del presente, a la vez de su tiempo y a contratiempo, demasiado temprano y demasiado tarde, entre el ya-no y el aún-no. Un tal vez cuya última palabra no ha sido dicha.

¿Tomar partido por el oprimido cuando las condiciones objetivas de su liberación no están maduras revelaría una visión teleológica? Los combates “anacrónicos” de Espartaco, Münzer, Winstanley y Babeuf, entonces, serían desesperadamente fechas en vista de un fin anunciado. La interpretación inversa parece más conforme al pensamiento de Marx: ningún sentido preestablecido de la historia, ninguna predestinación justifica la resignación a la opresión. Inactuales, intempestivas, descontemporáneas, las revoluciones no se integran a los esquemas preestablecidos de la “supra-historia” o a los “pálidos modelos supratemporales”. Su acontecimiento no obedece al programa de una Historia universal. Nacen a ras del suelo, del sufrimiento y la humillación. Siempre hay razón para rebelarse.

El presente es la categoría temporal central de una historia abierta. Es el tiempo de la política que “en lo sucesivo prevalece sobre la historia” como pensamiento estratégico de la lucha y la decisión: “El materialista histórico no puede renunciar al concepto de un presente que no es transición, sino que ha llegado a detenerse en el tiempo” (Benjamin, 1973: 189).

A la igualación “lógicamente imposible” de las clases, Marx opone su abolición “históricamente necesaria”. Esta necesidad histórica no tiene nada de fatalidad mecánica. La especificidad de la economía política impone repensar los conceptos de azar y de ley, distinguir la necesidad “en el sentido especulativo-abstracto” de la necesidad “en el sentido histórico-concreto”.

Existe necesidad –dice Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel*– cuando existe una premisa eficiente y activa, cuyo conocimiento en los hombres se ha vuelto actuante planteando fines concretos a la conciencia colectiva, y constituyendo un conjunto de convicciones y de creencias poderosamente actuante como las “creencias populares” (Gramsci, 1984: 327).

Inmanente, la “necesidad histórica” enuncia lo que debe y puede ser, no lo que será: “La posibilidad real y la necesidad, por ende, son diferentes sólo en apariencia [...] Sin embargo, esta necesidad es al mismo

tiempo relativa”. La posibilidad real se vuelve necesidad. La necesidad comienza por la unidad. Necesidad de lo posible y de lo real “que no está todavía reflejada en sí”. Todavía no se ha determinado ella misma como contingencia. Porque la necesidad, agrega Hegel, real en sí, es igualmente contingencia. “Esto se evidencia primeramente porque lo realmente necesario constituye, sí, según su forma, un necesario, pero según su contenido es un limitado, y por tal medio tiene su contingencia [...] En sí, por tanto, se halla aquí la unidad de la necesidad y la accidentalidad; esta unidad tiene que ser llamada realidad absoluta” (Hegel, 1976: 486-7).

Desde su tesis sobre la filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro, Marx maneja perfectamente esta dialéctica:

El acaso es una realidad que sólo tiene el valor de la posibilidad, y la posibilidad abstracta es precisamente la antípoda de la posibilidad real. La segunda se contiene dentro de límites definidos, como el entendimiento; la primera es ilimitada, como la fantasía. La posibilidad real trata de fundamentar la necesidad y la realidad de su objeto; a la posibilidad abstracta no le importa el objeto explicado, sino el sujeto que explica. Se trata de que el objeto sea simplemente posible, concebible. Lo posible en abstracto, lo concebible, no se interpone en el camino del sujeto pensante, no representa para éste un límite ni una piedra con la que tropiece. Y es indiferente el que esta posibilidad sea real, ya que el interés no recae, aquí, sobre el objeto en cuanto tal [...] La necesidad aparece en la naturaleza finita como una necesidad relativa, como determinismo. La necesidad relativa sólo puede deducirse de la posibilidad real [...] La posibilidad real es la explicación de la necesidad relativa (Marx, 1980b: 28)².

La posibilidad se inscribe en ese juego de lo necesario y lo contingente, en el movimiento de la necesidad formal a la necesidad absoluta, vía la necesidad relativa. Se distingue tanto de la simple posibilidad formal (o no contradicción) como de la posibilidad abstracta o general. En tanto que posibilidad determinada, lleva en sí una “imperfección”, de lo que resulta que “la posibilidad es, al mismo tiempo, una contradicción o una imposibilidad”.

“Pensador de lo posible”, Marx juega así de varios modos: lo posible contingente, cuyo lazo con la realidad determina (según Hegel) la contingencia; “el ser en potencia” como capacidad determinada para recibir (según Aristóteles) una forma dada (el paso de la potencia al acto sería, entonces, el momento unitario por excelencia del azar y la

² Sobre la categoría de posible en Marx consultar Michel Vadée (1993) y Henri Maler (1994).

necesidad); lo posible histórico (real o efectivo –*wirklich*–), finalmente, que sería la unidad de lo posible contingente y del ser en potencia. Apareciendo de entrada como posibilidad en *El Capital*, la crisis se vuelve efectiva a través del juego de la lucha y de las circunstancialidades. *El Capital* no dice otra cosa: no enuncia ninguna necesidad absoluta, ningún demonio de Laplace. Azar y necesidad no se excluyen. La contingencia determinada del acontecimiento no es arbitraria ni caprichosa; solamente deriva de una causalidad no formal: “Al contrario, ha sido más bien solamente aquel espíritu el que ha determinado un hecho tan pequeño y accidental como su oportunidad” (Hegel, 1976: 498). La necesidad dibuja el horizonte de la lucha. Su contingencia conjura los decretos del destino.

El último apartado del penúltimo capítulo del Libro Primero de *El Capital*, “Tendencia histórica de la acumulación capitalista”, ha inspirado muchas profesiones de fe mecánicas que postulan el hundimiento garantizado del capital bajo el peso de sus propias contradicciones, así como muchas polémicas. Marx escribe: “La negación de la producción capitalista se produce por sí misma, con la necesidad de un proceso natural. Es la negación de la negación” (Marx, 1986: 649, Tomo I). Curioso texto, en verdad. Por una parte, anticipa lúcidamente las tendencias a la concentración del capital, la aplicación industrial de la ciencia y la técnica, la organización capitalista de la agricultura, la socialización contradictoria de los grandes medios de producción y la mundialización de las relaciones mercantiles. Estas previsiones se han verificado ampliamente. Por otra parte, parece deducir del desarrollo capitalista una ley de pauperización absoluta y de polarización social creciente. Las polémicas de Marx contra Lasalle y su “ley de hierro de los salarios” prohíben sin embargo una interpretación mecánica de la pauperización. Por el contrario, la idea de que la concentración del capital y “el mecanismo mismo de la producción capitalista” tienen por efecto la masificación del proletariado y la elevación automática de su resistencia, su organización y su unidad, rompe, al menos parcialmente, con la lógica general de *El Capital*. El acento puesto en “las leyes inmanentes de la producción capitalista” conduce, aquí, a una objetivación y una naturalización de la “fatalidad” histórica. Lo aleatorio de la lucha se aniquila en el formalismo de la negación de la negación. Como si, por su solo transcurso, el tiempo pudiera garantizar que la hora esperada sonará puntualmente en el reloj de la historia. Sin embargo, “la historia no hace nada”: los hombres la hacen, y en circunstancias que no han escogido.

Este controvertido apartado del Libro Primero ocupa un lugar demasiado eminente como para permitirnos ver en él una simple torpeza. Señala, más bien, una contradicción no resuelta entre la influencia de un modelo científico naturalista (“la necesidad de un proceso natu-

ral”) y la lógica dialéctica de una historia abierta. Engels se esforzó en el *Anti-Dühring* por combatir la interpretación trivial que hace de “la negación de la negación” una máquina abstracta y el pretexto formal para falsas predicciones:

¿qué papel desempeña en Marx la negación de la negación? [...] al llamar a este proceso negación de la negación, *Marx no pensaba ver en ello la demostración de su necesidad histórica*. Por el contrario, después de demostrar históricamente que este proceso en parte ya se ha realizado en la práctica y en parte debe aún realizarse, sólo después de esto lo define como proceso que se realiza de acuerdo con una ley dialéctica determinada. Eso es todo. De modo que también en este caso incurre en pura falsedad el señor Dühring al afirmar que la negación de la negación desempeña aquí *los servicios de la comadrona con cuya ayuda el porvenir surge del seno del pasado*, o que Marx exige que nos convenzamos de la necesidad de la propiedad común de la tierra y del capital *por la fe en la ley de la negación de la negación*. Ya supone una total falta de conocimiento de lo que es la dialéctica el que el señor Dühring la tenga por instrumento meramente probatorio, como el que las gentes de horizonte limitado quieren ver en la lógica formal o en las matemáticas elementales (Engels, 1975; énfasis en el original).

Y para que así conste: la negación de la negación no es un nuevo *deus ex machina* ni una comadrona de la historia; y no se le debería dar crédito y sacar letras de cambio sobre el futuro fiándose en su sola ley. La “necesidad histórica” no permite echar las cartas y hacer predicciones. Opera en un campo de posibilidades, donde la ley *general* se aplica a través de un desarrollo *particular*. Lógica dialéctica y lógica formal no hacen, decididamente, buenas migas. Alcanzado este punto crítico, la ley “extremadamente general” es muda. Debe pasarle el relevo a la política o a la historia. Para poner los puntos sobre las íes, Engels vuelve a la carga:

¿Qué es, pues, la negación de la negación? Una ley *extraordinariamente general* y, por ello mismo, extraordinariamente eficaz e importante, que rige el desarrollo de la naturaleza, de la historia y del pensamiento; una ley que, como hemos visto, se impone en el mundo animal y vegetal, en la geología, en las matemáticas, en la historia y en la filosofía [...] *Se sobrentiende que* cuando digo que el proceso que recorre, por ejemplo, el grano de cebada desde que germina hasta que muere la planta que lo arroja es una negación de la negación, *no digo nada del proceso especial de desarrollo* por el que pasa el grano (Engels, 1975; énfasis en el original).

Sabiendo solamente que el grano de cebada deriva de la negación de la negación, no se pudo lograr “cultivar fructíferamente cebada [...] del

mismo modo que no basta con conocer las leyes que rigen la determinación del sonido por las dimensiones de las cuerdas para tocar el violín”. Si la negación de la negación “consiste en la puerilidad de escribir en la pizarra una *a* para luego tacharla, o en decir que una rosa es una rosa, para afirmar enseguida que no lo es, no puede salir nada, como no sea la idiotez del que se entregue a semejantes aburridas operaciones” (Engels, 1975: 130-140).

Exigir de la ley dialéctica más que su generalidad llevaría a un formalismo vacío. Al igual que el grano de cebada singular, el acontecimiento histórico tampoco es deducible de la negación de la negación. Conviene insistir en este punto: ninguna fórmula sustituye el análisis concreto de la situación concreta, del que *La guerra campesina*, *El XVIII Brumario* o *La lucha de clases en Francia* proporcionan brillantes ejemplos. La cuestión más complicada ya no es, entonces, la del determinismo injustamente reprochado a Marx, sino aquella según la cual existiría, entre los posibles cursos de acción, un desarrollo “normal” y monstruosidades marginales³.

Diez años después de la publicación del Libro Primero, el comentario de Engels sobre “La tendencia histórica de la acumulación capitalista” aclara, así, ambigüedades bien comprensibles en el contexto intelectual de la época. Es sorprendente que haya sentido la necesidad de intervenir en este punto y que lo haya hecho en ese sentido. Máxime considerando que el *Anti-Dühring* fue redactado en estrecha concertación con Marx. El apartado de *El Capital* que causa controversia ya no es, entonces, disociable del comentario que lo aclara y corrige.

La necesidad determinada no es lo contrario del azar, sino el corolario de la posibilidad determinada. La negación de la negación dice lo que debe desaparecer. No dicta lo que debe ocurrir.

PROGRESO CON RESERVA DE INVENTARIO

La historia social, como la historia de los organismos vivos, está hecha de un “conjunto de acontecimientos, extraordinariamente improbables, aunque lógicos retrospectivamente, pero absolutamente imposibles de predecir” (Gould, 1990). En 1909, Walcott descubrió en las Rocallosas canadienses los fósiles conocidos como esquistos de Burgess. Quiso a

3 Ernest Mandel habla con frecuencia de “rodeos” y “desviaciones” históricas. Muestra, sin embargo, que el problema es, más bien, de normalidad que de determinismo histórico. “Debe destacarse, sin embargo, que la cuestión de si el capitalismo puede sobrevivir indefinidamente o está condenado a derrumbarse no debe confundirse con la idea de su inevitable sustitución por una forma más alta de organización social, es decir con la inevitabilidad del socialismo. Es perfectamente posible postular el inevitable derrumbe del capitalismo sin postular la inevitable victoria del socialismo [...] el sistema no puede sobrevivir, pero puede ser sucedido por el socialismo como por la barbarie” (Mandel, 1985: 232).

la fuerza hacer entrar esos organismos en la tabla de una evolución que va de lo más simple a lo más complejo. En los años setenta, la reapertura del expediente por un equipo de investigadores llevó, a través de una serie de estudios monográficos que aceptan la rareza anatómica como otra norma posible, a “una revolución tranquila”. Los animales de Burgess (*Opabinia*, *Hallucigenia*, *Anomalicaris*) ya no son hoy en día considerados como las formas elementales de las especies conocidas. Testimonian, simplemente, la explosión cámbrica de lo viviente, disposiciones orgánicas y virtualidades abortadas.

Este descubrimiento arruina la idea dominante de una evolución simbolizada por la escala del progreso continuo o por el “cono invertido” de diversidad y complejidad crecientes. La historia incrementa la diversidad de las especies, pero poda las ramas y restringe la disparidad inicial entre diferentes organizaciones anatómicas. Luego de la revolución copernicana y de la darwiniana, la interpretación del esquisito de Burgess asesta un nuevo golpe al antropocentrismo. Siguiendo sus propias vías, la geología profundiza, así, la crítica del joven Marx a los “artificios especulativos” a través de los cuales se quiere hacer creer “que la historia futura es el objetivo de la historia pasada” y el *homo sapiens*, el objetivo de *Opabinia*: “La diversidad de los itinerarios posibles muestra con toda seguridad que los resultados finales no pueden ser predichos al principio” (Gould, 1989).

¡Humanos, un esfuerzo más para ser completamente incrédulos! Para renunciar, de ese modo, a la ilusión retrospectiva según la cual nada hubiera podido ser más que lo que es, y para renunciar también a la ilusión gradualista de las modificaciones continuas. Del mismo modo que las victorias militares o políticas no prueban la verdad o la legitimidad de los vencedores, la supervivencia no tiene valor de prueba en paleontología. La supervivencia es, precisamente, lo que debe ser explicado. A diferencia de los darwinistas vulgares, Darwin estaba consciente de que las respuestas de adaptación por variación individual y selección natural a los cambios de ambiente no necesariamente constituyen un progreso (¿según qué criterios?), sino más bien una evolución sin plan ni dirección.

A pesar de sus descubrimientos, Darwin difícilmente podía escapar a la ideología progresista de la época. Su dilema es, en cierta medida, el mismo que el de Marx. El darwinismo de Darwin no es, en efecto, ni un determinismo ambiental ni la simple parábola biologicista de la competencia mercantil. Anticipando algunas interpretaciones recientes de Darwin, Marx se inspira en “la acumulación a través de la herencia” como principio motor. Al insistir en la dialéctica de la acumulación (necesaria) y de la invención (acontecimiento), Darwin evita la trampa mecanicista. Marx sostiene en *Teorías sobre la plusvalía* que “los diferentes organismos se plasman a sí mismos por ‘acumulación’ y son solamente

‘invenciones’, invenciones de los sujetos vivos que van acumulándose gradualmente” (Marx, 1980a: 261).

Étienne Balibar completa la inquietante declaración de Marx en el sentido de que “la historia avanza por el lado malo”, agregando: y sin embargo, ¡avanza! Más aún, no son raros los casos donde efectivamente las “torpezas”, “equivocaciones” y “victoriosas derrotas” han jugado un papel inesperado (Balibar, 2000). Balibar señala el eminente papel de este “lado malo” –el de las derrotas– que arruina la visión de un mundo unificado por la marcha irresistible del proletariado. Después de 1848, y nuevamente después de 1871, el choque del acontecimiento suscita una crítica de la idea de progreso. Impone pensar “las historicidades singulares”. Esta conclusión no es compatible con la hipótesis de una medida histórica absoluta del progreso. El esfuerzo de Marx busca tomar los dos extremos: emanciparse de la abstracción de la Historia universal (de “lo universal que planea”) sin caer en el caos insensato de las singularidades absolutas (de lo “que no sucede más que una vez”), y sin recurrir al comodín del progreso. En la medida en que la universalización es un proceso, el progreso no se conjuga en presente indicativo, sino sólo en futuro anterior: bajo reserva y bajo condición. Pero si el progreso cotidiano consiste en ganar más que en perder, su evaluación está condenada a la vulgar compatibilidad de ganancias y pérdidas. Lo que equivale a hacer poco caso a la temporalidad de la medida misma, al hecho de que las ganancias del día hacen las pérdidas del mañana, y viceversa.

La noción corriente de progreso supone, en efecto, una escala de comparación fija y un estado recapitulativo final. Para el optimismo liberal de ayer y de hoy, “todo cambio toma el sentido de un progreso en relación con el cual no debería haber regresión”. En otros términos, la creencia en el progreso histórico “excluye la contingencia” (Simmel, 1974).

Nunca se dirá suficientemente hasta qué punto los políticos socialdemócratas y estalinianos del período de entreguerras comulgaron con este quietismo, y cuánto costó el no ver, en la recurrencia de las catástrofes, más que “retrasos” y “disminuciones”.

BIBLIOGRAFÍA

- Balibar, Étienne 2000 *La filosofía de Marx* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Benjamin, Walter 1973 “Tesis de la filosofía de la historia” en *Discursos interrumpidos* (Madrid: Taurus) Tomo I.
- Cohen, Gerald A. 1986 “Fuerzas y relaciones de producción” en Roemer, John E. (comp.) 1986 *El marxismo: una perspectiva analítica* (México: Fondo de Cultura Económica).

- Elster, Jon 1989 *Karl Marx: une interprétation analytique* (Paris: Presses Universitaires de France).
- Elster, Jon 1991 *Una introducción a Karl Marx* (Madrid: Siglo XXI).
- Engels, Friedrich 1975 *Anti-Dühring* (México: Ediciones de Cultura Popular).
- Gould, Stephen Jay 1989 *La vida maravillosa* (Barcelona: Crítica).
- Gould, Stephen Jay 1990 *Un dinosaurio en un pajar* (Barcelona: Crítica).
- Gramsci, Antonio 1984 *Cuadernos de la cárcel* (México: Era).
- Hegel, G. W. F. 1976 *Ciencia de la lógica* (Buenos Aires: Solar/Hachette).
- Maler, Henri 1994 *Congédier l'utopie. L'utopie selon Karl Marx* (Paris: Editions L'Harmattan).
- Mandel, Ernest 1985 *El capital, cien años de controversias en torno a la obra de Karl Marx* (México: Siglo XXI).
- Marx, Karl 1976 "Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política" en Marx, Karl y Engels, Friedrich *Obras escogidas* (Moscu: Editorial Progreso) Tomo I.
- Marx, Karl 1980a "Teorías sobre la plusvalía" en Marx, Karl y Engels, Friedrich *Obras fundamentales* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Marx, Karl 1980b "Diferencia entre la filosofía democriteana y epicúrea de la naturaleza, en general" en Marx, Karl y Engels, Friedrich *Obras fundamentales* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Marx, Karl 1984 *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Marx, Karl 1986 "La acumulación originaria" en *El Capital. Crítica de la economía política* (México: Fondo de Cultura Económica) Publicación en tres tomos.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich 1967 *La sagrada familia* (México: Grijalbo).
- Marx, Karl y Engels, Friedrich 1973 *La ideología alemana* (Buenos Aires: Ediciones Pueblos Unidos).
- Roemer, John E. (comp.) 1986 *El marxismo: una perspectiva analítica* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Simmel, Georg 1974 *Problemas fundamentales de la filosofía* (Buenos Aires: Editora y Distribuidora del Plata).
- Vadée, Michel 1993 *Marx penseur du possible* (Paris: Klincksieck).

